

El hilo del tiempo en las fotografías de la Transición española a la democracia.

En: Prensa y Democracia. Los medios de comunicación en la Transición. Rafael Quirosa (ed.) Biblioteca Nueva 2009.

Mario P. Díaz Barrado
Universidad de Extremadura

El proceso político mediante el cual España recuperó la democracia al comenzar el último cuarto del siglo XX, ha sido designado con el paso del tiempo con un nombre: la Transición. A medida que pasan los años esta denominación se ha convertido en referente para la memoria de los españoles, también para su memoria en imágenes y para la mirada que la sociedad española realiza sobre su pasado reciente, pues lo visual cada vez tiene más peso en un entorno inundado de imágenes.

El cambio político de la Transición sucedía a una previa transformación económica y, al confluir ambos procesos, se produjo la aceleración social y cultural más intensa de nuestra historia. Los procesos de transformación internos estuvieron ligados a otros no menos espectaculares en el contexto mundial que, con los años, desembocaron en una sociedad caracterizada por la influencia de la tecnología de las comunicaciones y la revolución en las costumbres, las ideas, los valores y las percepciones sociales.

De todo ello se deduce que, en apenas tres décadas, se han transformado de raíz los presupuestos de partida. La sociedad española se parece poco a la de los años setenta, aunque a la vez se potencie el deseo de interpretar y hasta de reinterpretar los principios sobre los que se asentó la Transición.

En la mirada que se puede dirigir sobre ese tiempo, se produce una especie de *mélange* que mezcla de manera informe la interpretación del pasado y los cambios presentes, un comportamiento que expresa, aunque sea de forma indirecta, la importancia de la historia. Los que no vivieron generacionalmente la Transición contemplan con frecuencia ese período de manera muy crítica, mientras los contemporáneos suelen sopesar otros aspectos que contribuyen a matizar el discurso revisionista.

En realidad, la sociedad española actual está reflejando la influencia que, de forma conjunta, tienen el pasado y el presente sobre la interpretación de los hechos históricos, aunque ambos sean tan divergentes y se hayan producido tantos procesos cambiantes entre uno y otro.

Desde estas consideraciones iniciales es preciso realizar una reflexión con el fin de facilitar la interpretación conceptual de nuestra propuesta, basada en un acercamiento a la Transición a través de la imagen fotográfica.

1.-Memoria e Historia:

La memoria que trasciende el recuerdo del individuo y se engendra como patrimonio común de un amplio colectivo o grupo humano -eso que ha venido en llamarse memoria histórica-, desempeña un papel relevante en la sociedad. Pero hay que reconocer, al mismo tiempo, que se trata de un concepto muy discutido.

Sea por su carácter casi inaprensible o quizá por la dificultad de llegar a conocer su verdadera naturaleza, lo cierto es que las potencialidades de la memoria son a la vez reconocidas y valoradas socialmente, al tiempo que poco precisas y, sobre todo, poco explotadas. Se concede a la memoria una importancia social relativa, si excluimos algunas coyunturas históricas en las que suele primar el interés por utilizar el pasado desde el presente, soslayando de paso la necesidad de articular la memoria como un patrimonio esencial de las colectividades humanas.

El sistema democrático español surgido de la Transición tiene su origen en un ejercicio consciente y racional de contar con la memoria a la hora de articular el sistema de libertades. El nuevo régimen político necesitaba sustentarse sobre una base firme con vistas al futuro. Es cierto que en el arranque de la Transición ese ejercicio es de consciente y voluntario olvido, o de elusión de algunos aspectos controvertidos que, considerados entonces en toda su crudeza, no hubieran hecho sino perturbar el modelo que se quería constituir desde la reconciliación, un concepto que no inventó la derecha sino el Partido Comunista en el exilio.

Después de más de 30 años de implantación del sistema democrático, por primera vez se está utilizando, de nuevo, la memoria colectiva, aunque en un sentido muy diferente al de los años setenta del siglo XX. Toda memoria es un ejercicio consciente de recuerdo y olvido a la vez. Ahora parece que se quiere activar el recuerdo, quizá para compensar el exceso de olvido que hubo de insuflarse al pacto constitucional.

La memoria es siempre un proceso selectivo de filtrado y organización de la información del pasado y sirve, en mucho mayor grado, para justificar el presente que para entender el propio pasado. Cuando dirigimos nuestra mirada a un tiempo irremediabilmente perdido, estamos impulsados por la

nostalgia o por el interés de buscar en ese tiempo un sentido a nuestra realidad actual. Por eso se justifica el uso de la memoria, por la utilidad que tiene para entender nuestros problemas presentes.

Pero esa utilidad puede ser muy flexible y diversa y, en cualquier caso, determinante de la deriva social. Cuando se ha cumplido el uso que se quiere hacer del recuerdo –o del olvido- se vuelven a desactivar o activar los procesos, hasta que el pasado deja de tener influencia cierta sobre la sociedad presente. Es decir, la reinterpretación e incluso la reinención del pasado tiene su ciclo, como toda creación humana, porque el ser humano es finito y el paso del tiempo suele ser demoledor, aunque tendremos que recordar también, en relación con el pasado, aquella máxima machadiana: *creí mi hogar apagado, removí las cenizas, me quemé la mano.*

La intensa complejidad que se aprecia en el intento de conceptualizar la memoria, permite conciliar por tanto procesos contradictorios. Es posible olvidar y recordar selectivamente, dejar morir el recuerdo y recuperarlo cuando se estime pertinente o necesario. Todo ello sin que la irresoluble complejidad que encierra la memoria impida conciliar tareas aparentemente contrarias o simplemente excluyentes. Será la capacidad de articular la memoria con esos conceptos enfrentados, lo que determine la categoría científica y la capacidad explicativa del relato histórico. Esto sólo puede hacerlo el historiador profesional, sin dejarse llevar por el oportunismo o la coyuntura, como sucede en demasiadas ocasiones.

La memoria se organiza por tanto en relación con la utilidad social y la percepción cambiante que el tiempo introduce, potenciando diferentes ideas o interpretaciones sobre los hechos del pasado. Para un historiador estos procesos resultan apasionantes, ya que en buena medida encierran las claves de la influencia que sobre el presente ejerce el pasado, permitiendo entender los mecanismos de esa influencia desde perspectivas científicas.

La clave para diferenciar la historia que podemos llamar militante –y que no distingue ideologías o posturas políticas, porque suele ser excluyente frente a otras visiones-, de la historia estructurada por profesionales, es la configuración de un discurso que responda a los criterios de investigación y rigor que buscan siempre los historiadores. Ello no se significa que se abogue rotundamente por la objetividad –que consideramos inalcanzable- ni por interpretaciones consideradas únicas. El contraste y la dinámica de cambio de los hechos es la base del análisis histórico riguroso.

Pero los historiadores profesionales caen también, a menudo, en la tentación de la celebración oportunista, trasmutando el ejercicio de la

memoria en conmemoración de centenarios o en la utilización de la historia como arma para explicar el presente, pero no como reveladora de algunas de las claves de ese presente.

Es evidente que resulta imposible sustraerse a la influencia del presente, puesto que la historia siempre se hace desde el presente, pero de ahí al *presentismo* -la enfermedad que aqueja a la historia en nuestros días-, va mucha distancia. La postura más honesta para el historiador es presentar un discurso articulado y coherente, que se someta a la consideración de los profesionales, pero también de la sociedad en general.

Vamos a intentarlo aplicando algunas de estas premisas a la Transición, con la particularidad de que nuestro discurso se funda en la imagen y no en la palabra, que hasta ahora ha sido el procedimiento aceptado y reconocido por la academia de historiadores. Ello nos obliga a realizar -previamente a la presentación efectiva de nuestra propuesta- algunas consideraciones en torno al discurso y la historia.

2.-Historia y discurso:

Todo ejercicio de memoria se justifica con un discurso, es decir la memoria se inserta en una explicación ideológica con una manifestación narrativa, lo que quiere decir que nunca es aséptica ni objetiva. Pero, cumpliendo los requisitos que acabamos de apuntar en cuanto a rigor y procedimiento, al menos asegura la capacidad de integrar en el discurso histórico diversas interpretaciones, basadas siempre en fuentes y hechos contrastados, aunque no se otorgue a todas el mismo valor.

La dificultad con la que se topa el historiador en estos momentos, con una sociedad en cambio vertiginoso, es que el discurso estaba muy bien estructurado con la palabra y sus perfiles eran conocidos por la disciplina. Se trataba y se trata aún, porque en absoluto ha quedado arrumbado, de un discurso fundado casi exclusivamente en la palabra, conformado con el relato o la narración del texto y soportado en una serie de convenciones que todos los historiadores conocemos.

Pero, en los últimos años, la aceleración tecnológica altera las bases del discurso histórico convencional por un doble motivo: por la irrupción de la imagen como medio más penetrante y efectivo para vehicular las ideas y los valores sociales y por la alteración que sobre el discurso de la palabra está ejerciendo el desarrollo de nuevos soportes para la información

Es decir, no sólo se construye –a veces de forma burda y pobre- un nuevo discurso visual- sino que sus convencionalismos están influyendo de forma decisiva sobre el discurso escrito, bien porque impida el acceso a la reflexión coherente y articulada, bien porque empobrezca a su vez el discurso de la palabra con recursos simples, rápidos y cambiantes para adaptarse a la dinámica de la sociedad actual.

Pero el problema reside en que para expresar las ideas necesitamos un cauce adecuado y el texto lo es, o al menos lo ha sido en los últimos siglos de cultura escrita, mientras que la imagen aún no ha conformado un discurso coherente. Las ideas se refuerzan en su relación mutua generando *ideología* –entendida como organización coherente de ideas- pero si, por el contrario, simplemente se acude a lugares comunes y a tópicos, a lo fácil e inmediato, se potencia la *mentalidad*, es decir el recurso pobre a lo que está fijado como prejuicio en el conjunto de la sociedad.

Ideología y Mentalidad son los dos extremos del conocimiento y de la comprensión humana, ambas se influyen, pero resulta más ventajosa la segunda, la mentalidad, porque se limita a repetir lo simple, a reforzar los prejuicios, a empobrecer las ideas previas pero muy arraigadas. Resulta llamativo en nuestros días, en sociedades tecnológicas y desarrolladas que utilizan con preferencia la imagen, cómo se potencia el recurso a la mentalidad. Cuanto más cerca esté la sociedad de la ideología, más atractiva es una propuesta, cuanto más de la mentalidad más cerrada, aunque se sienta más segura. El hombre se debate entre los dos extremos.

Claro que si las ideas no se renuevan, la ideología desaparece, por eso no se puede vivir siempre con la mentalidad -aunque a muchos les gustaría- y ahí reside la oportunidad de encontrar cauces, también en los soportes que la nueva tecnología nos ofrece y con la imagen como instrumento esencial, mediante los cuáles articular un discurso coherente.

3.-El discurso visual de la fotografía:

Hemos señalado que la historia se ha conformado en el tiempo con el discurso de la palabra. Los historiadores nos reconocemos en el texto, somos escritores, aunque es un error creer que la escritura es sólo textual.

Impulsados por la necesidad de acoger otros entornos que, en estos momentos, tienen una amplia aceptación social, pretendemos presentar en estas líneas las posibilidades de desarrollo de un discurso visual que no se limite a reforzar la mentalidad, sino que pueda desarrollar ideología, es

decir que pueda convertirse en un instrumento adecuado para el historiador en los tiempos que se avecinan.

La mejor forma de conjugar una propuesta novedosa y presentar un ensayo de discurso diferente al convencional –con las dificultades para comprender y ser aceptado que siempre encierra lo nuevo- es utilizar una fuente visual que está a medio camino entre la galaxia *Gutenberg* y la galaxia *MacLuhan*. La fotografía es imagen, pero encierra un fuerte componente literario, es la imagen nacida en la época de esplendor del texto y por tanto ambos reciben influencias mutuas.

Si además utilizamos, como laboratorio para nuestro ensayo, un periodo tan apasionante como la Transición a la democracia en España, creo que podemos afrontar la prueba con ciertas garantías. Explicar la Transición en fotografías y que de esa explicación se deduzca un discurso coherente, articulado y comprensible es nuestro objetivo. Al final del trabajo se comprobará si lo hemos logrado.

Que la imagen influye poderosamente en la conformación del discurso contemporáneo es una evidencia, pero también lo es que en muchas ocasiones sirve para simplificar y limitar la complejidad de los mensajes. Tratamos de demostrar que esto no tiene por qué ser siempre así, que la imagen también puede alcanzar un cierto grado de complejidad y de racionalidad en el discurso y que, por tanto, puede contribuir, como lo hace el texto, a conformar la memoria colectiva.

La fotografía, que forma parte del universo visual de las sociedades modernas, puede desarrollar un discurso tan rico y complejo como el texto y, además, nos permite visitar el tiempo perdido de la memoria. No hay quizá otro medio tan capaz de transportarnos a otro tiempo como una fotografía, por ejemplo la que contemplamos:

Foto-1

Pero con la particularidad de que ese ejercicio de memoria se hace con un criterio de filtrado, es decir no es simple acumulación de información o reconstrucción del tiempo pasado, se trata de una especie de fognazo sobre ese pasado que queda resumido en un instante.

La imagen en movimiento puede cumplir también la función de visitar el pasado –cada vez con más capacidad de conservar **todo** el pasado-, aunque es precisamente la inmensa capacidad tecnológica la que se vuelve al final contra nosotros. La imagen cinética exige el mismo tiempo para ver

el pasado que la duración efectiva que tuvo ese pasado tal y como se grabó. Para contemplar una época pasada necesitaríamos el mismo tiempo de su duración, a veces años, y eso volvería nuestra indagación imposible.

La fotografía, por el contrario, refleja en un instante mucha información y filtra en pocos instantes procesos muy complejos, desprecia pero a la vez conserva la esencia de la información, de los procesos que explican el pasado y mucho más cuando se ligan varios instantes fotográficos.

Con tres instantes podemos resumir algunas de las claves de la Transición, desde la intransigencia del bunker reflejada en Montejurra, pasando por el peligro de que fracasara con los asesinatos de Atocha, hasta llegar al éxito del consenso.

Foto-2

Foto-3

Foto-4

La organización de varias fotografías en forma de discurso visual puede reconstruir muy vívidamente el efecto que el tiempo pasado tiene sobre el presente, pero sin correr el peligro de vernos desbordados por el exceso.

Contamos en la actualidad con tanta información de todo tipo, que el problema esencial para el historiador del futuro será aprender a filtrar, a despreciar mucha información y desarrollar a la vez un discurso coherente y válido, es decir extraer del inmenso archivo de datos e imágenes los conceptos explicativos para armar su narración, su discurso, sea éste visual o escrito o una mezcla de ambos.

La imagen fotográfica, si se utiliza bien, es un recurso muy poderoso para lograr que la memoria cumpla la función que hemos defendido desde el comienzo de este trabajo: el lugar donde se reconocen las sociedades.

Sobre el soporte de papel, es decir sobre la hoja en la que se escribe el discurso textual de la historia, no resulta fácil reproducir un discurso visual. Aunque sería mucho más atractivo hacerlo sobre los nuevos soportes, al menos se puede comprobar en una publicación como esta la fuerza de la imagen fotográfica, al mismo tiempo que se puede reflexionar sobre algunas de las claves de la Transición a la democracia en España.

Foto-5

La fotografía encierra un discurso en sí misma, pone en relación dos símbolos excluyentes antes de la Transición, la guardia civil y el Guernica, que quedan asociados a partir de la reforma política: el guardia civil vigila el cuadro como expresión de la reconciliación entre los españoles.

4.-El hilo del tiempo en la fotografías de la Transición:

Como una expresión de la fuerza de la palabra, los periodistas que aguardaban el desenlace del pronunciamiento de Tejero en 1981, se informaban por los periódicos, mientras aguardaban en el cercano Hotel Palace la evolución de los acontecimientos:

Foto-6

Si hoy se produjera un acontecimiento que concitara tanto interés y preocupación social como aquel de 1981, los periodistas estarían pegados a la pantalla. En muy pocos años ésta se ha impuesto de forma rotunda como medio de acceso a la información, independientemente de que al acudir a ella busquemos información escrita o visual.

Vamos a recorrer el tiempo de la Transición en imágenes, pero utilizando la palabra para hacer discurso. De esa forma podremos trasladar en la medida de lo posible, y en un medio tan limitado para nuestro objetivo como es el papel, el intento de utilizar la imagen fotográfica para conformar un discurso desde los presupuestos defendidos previamente.

El intenso cambio experimentado por nuestro país puede percibirse a través del contraste entre fotografías separadas por el tiempo. Dos únicos instantes reflejan mejor que amplios discursos el paso de una sociedad empobrecida y miserable a otra moderna y saciada en apenas unas décadas:

Foto-7

Foto-8

Pero la evolución no es sólo material, otros instantes pueden ser tan relevadores o más del cambio producido:

Foto-9

Foto-10

Por no hablar de otros cambios menos sutiles y muy llamativos:

Foto-11

Foto-12

Todo periodo histórico está determinado por la memoria de un pasado más o menos remoto, una memoria que se puede como sabemos activar o desactivar para intentar que influya de una u otra manera.

En el momento en que se produce la Transición, la memoria de la II República y el Franquismo está aún muy presente, es la memoria de un pasado que influye poderosamente entonces, lo sigue haciendo hoy aunque de forma diferente. Lo que en los años setenta del siglo XX fue sobre todo olvido y reconciliación, en la actualidad es deseo de recordar y recuperar una visión a veces un tanto idílica de la República y una consideración extremadamente negativa del Franquismo. Las imágenes pueden ser una vez más ilustrativas, sobre todo si se seleccionan adecuadamente.

Hay algunos instantes fotográficos, captados por el famoso fotógrafo Alfonso el 14 de abril de 1931, que han pasado a ser referente para los españoles de aquella etapa republicana cargada al principio de ilusión y esperanza:

Foto-13

Y también existen imágenes del franquismo que por sí solas expresan la dureza y la zafiedad de ese régimen:

Foto-14

Las claves del cambio político que se consolidan con la Transición están en el deseo de la sociedad española de vencer sus rémoras históricas, esas que la II República no pudo solventar y que el franquismo exacerbó o ignoró, pero que acabarían estallando hacia el fin al de la dictadura y en el inicio de la transición democrática.

La primera rémora histórica, el desarrollo económico, la superación de la miseria que persiguió a los españoles, salvo pequeños intervalos, durante todo el siglo XX, fue realizada por el propio Franquismo. Es cierto también que el régimen lo hizo impulsado por la necesidad de sobrevivir, pues no

otra fue la causa de la modernización económica y el desarrollo que el propio Franco no comprendía al principio y que iría aumentando las contradicciones del franquismo al llegar la década de los años setenta.

La segunda determinación histórica que condicionó a los españoles durante siglos también inició su propio proceso interno de evolución en el tardo-franquismo. De la Iglesia defensora de la cruzada se había llegado en los sesenta a los curas obreros, cuando no rojos o comunistas. Esta evolución de la Iglesia católica, su más fiel aliada en la llamada *cruzada*, causó hondo pesar al dictador, que no comprendía en los últimos años de su vida que la propia Iglesia a la que, según él, había salvado del terror rojo, acogiera ahora a los enemigos de España.

La tercera rémora o condicionamiento histórico fue sin duda el obstáculo más difícil de superar en el proceso de transición a la democracia. El ejército de Franco permanecía fiel al dictador y, únicamente con el cambio en la jefatura del Estado (de Franco a Juan Carlos), pudo mantener la apariencia de lealtad, aunque su defectuoso encaje en el nuevo régimen democrático se haría patente en 1981.

Ya se ha dicho muchas veces, pero el papel determinante del rey, unido luego al imperativo biológico que hizo que los generales que habían vivido la guerra pasasen a la reserva, junto a la nueva orientación del ejército español hacia misiones internacionales a partir de los años ochenta, permitió la superación definitiva de ese obstáculo que tantas veces impidió el asentamiento firme de los modelos democráticos en España. Es curioso cómo ha quedado *vacunada* la sociedad española de la tentación golpista – hoy inimaginable- precisamente porque el antídoto tras la nefasta experiencia de 1981 fue tan fuerte que inmunizó a la sociedad española y encauzó al ejército hacia otros derroteros de forma irreversible.

La cuarta rémora, el nacionalismo, estuvo dormida durante la mayor parte del franquismo pero reaparece con fuerza en la Transición. El nacionalismo periférico se consideró perdedor del conflicto civil en su pugna con el igualmente intransigente entonces nacionalismo español. Como un problema más heredado de la II República, el nuevo régimen democrático intentó solucionar su encaje en la Constitución de 1978, pero el paso del tiempo pone cada vez más claramente de manifiesto que se trata del problema sin resolver en la convivencia española con vistas al futuro. Sea cual sea la opinión, desde los extremos más encastillados en un nacionalismo rancio hasta el que acepta un modelo descentralizador extremo, lo cierto es que aún no se ha encontrado la fórmula estable, el

antídoto que permita resolver con ciertos visos de firmeza un problema enquistado en la sociedad española desde finales del siglo XIX.

Cuatro imágenes permiten resumir el cambio, evolución o permanencia de todos los problemas que acabamos de exponer discursivamente con la palabra, pero que podemos también filtrar con la imagen y organizar de forma racional en forma de discurso visual.

Algunos de ellos resueltos completamente (quizá lo que primero se olvida son las dificultades materiales), otros aún fijados en los valores de mentalidad, algunos más con una evolución sorprendentemente positiva como sucede con el ejército y, por fin, los que restan aún por encajar de forma estable para mirar nuestra convivencia desde otra perspectiva:

Foto-15

Foto-16

Foto-17

Foto-18

La única imagen que parece pertenecer a otro tiempo, aunque refleje un acto de los años 90, es precisamente la última, quizá como un reflejo de lo que aún no está encajado por propia voluntad en el conjunto de España.

Hoy existen nuevos retos, pero de otra índole muy diferente y siempre enmarcados en el desarrollo democrático convencional, por más que, en ocasiones, ciertas apelaciones de los partidos u organizaciones políticas nos hagan ver la importancia de la memoria en la sociedad española.

Aún existen comportamientos políticos determinados por la memoria reciente y ello nos debe incitar a pensar en la frase de Antonio Machado que ya hemos citado sobre la permanencia de la cenizas calientes cuando creemos que la huella del pasado ha desaparecido.

Para finalizar querríamos decir que es muy difícil reflejar en 25 fotos lo que necesitaría muchas más y otro soporte para articular un discurso coherente con imágenes. La exposición oral de esta ponencia, en el atractivo congreso de Almería sobre la Transición española a la democracia, nos permitió ahondar algo más en las posibilidades de la fotografías como instrumento narrativo para la historia. Esta publicación nos ha exigido hacer un esfuerzo de filtrado y condensación de las ideas y,

aunque al final nuestro discurso haya resultado breve, al menos hemos podido demostrar que se puede explicar lo mismo con un amplio discurso hablado o escrito y con unas pocas imágenes seleccionadas y articuladas de forma adecuada.

Nuestra intención es persistir en el empeño de contar la historia en imágenes y para ello esperamos que muy pronto podamos hacerlo, sin que ello suponga generar el recelo ni la incompreensión de nuestros colegas historiadores, desde las inmensas posibilidades que nos ofrecen los nuevos soportes para la imagen y para la información en general, lo que supondrá sin duda abrir otras perspectivas y capacidades –todas ellas interesantes– para el trabajo del historiador.